

IDIOSINCRASIA

del mexicano a través de la doble moral

Sergio Iván Gaytán Hernández
Departamento de Teoría y Análisis



1

Lowbrow¹ en México

La subcultura moderna del mexicano está caracterizada, entre otras cosas, por sus prejuicios y prohibiciones, por tabúes que arrastramos generación tras generación y que han sido heredadas hasta nuestros días. Doble moral, esta manía paradójica de contradecirnos y ocultar las verdades

1. *Lowbrow* es un término que define a un movimiento artístico *underground* nacido a finales de los setenta, en California, Estados Unidos. Esta es una corriente que toma su estructura en el entorno de la subcultura y el *kitsch*; tiene un cierto humor ácido, a veces irónico y macabro. Curiosamente, el *lowbrow* emana de la corriente callejera y de oficios como el tatuaje, el *comic pulp*, el *Kustom Kulture*, las *pin-up girls*, el *graffiti* y los *hot rods*, entre otros.

detrás de máscaras es una característica que hasta nuestros representantes practican: picardía, humor negro, malinchismo y egocentrismo.

Idiosincrasia del mexicano

La doble moral como propuesta discursiva en la ilustración.

Hemos aprendido a subsistir con el paso del tiempo: a pesar de las dificultades y tropiezos, los mexicanos tenemos la facilidad de ver *la luz al final del túnel* en una mezcla "quizás" entre conformismo y resignación; actitudes que se vuelven maquinales y rutinarias en la vida de un ciudadano promedio en este país. Esta situación está vinculada con aspectos psicosociales y filosóficos que repercuten en nuestra estructura mental, factores que provienen desde aquel choque de culturas en la época de la conquista. El problema radica en el individualismo, la crítica y la ingenuidad; en el complejo de asumir una realidad subjetiva y la dificultad por alcanzar nuestros ideales. Ante la franqueza, el rechazo, no estamos dispuestos al grado o al menosprecio; creamos un mundo de apariencias en donde irónicamente luchamos por el complejo más grande, en un círculo vicioso que nos aísla del verdadero éxito.

1. *Timmy Stupidman*, Sergio Gaytán, 2017.

2. *This is how the real foodporn would be*, Sergio Gaytán, 2009.

De esta pinta engañosa, subyace muy por el fondo una cultura inculcada por la tribu más venerada: la familia, núcleo preservado por generaciones y arraigado a lo más íntimo de nuestra psique, aquella que nos da sustento y enfoque hacia lo que creemos y lo que queremos para alcanzar la felicidad.

La pereza y la indisciplina, la sin razón y la ausencia de valores nos han forjado máscaras que cargamos día con día y que han mutado en el némesis propio. Descifrar o hallar una solución a esto no es algo que en este texto me concierna, sin embargo, en mi afán por sustentar la inclusión de un movimiento artístico como el *lowbrow* en un país como México, considero relevante entender cómo somos en la vida real, cómo convivimos y cómo aprendimos a relacionarnos en la hetero-

geneidad de una sociedad dispersa, impulsada por ideologías y percepciones poco relacionadas entre sí.

Nuestra personalidad está fragmentada entre lo que hacemos y lo que creemos, entre lo superficial y el ideal, en una estructura dinámica de dos polos que luchan entre sí, "conceptualizados por Freud como *id* y *superego*" para asimilar y controlar nuestro comportamiento. En este sentido, el superego, o la conciencia moral del mexicano, proveniente de viejas costumbres eclesíásticas de sumisión o humildad; colisiona constantemente con el *id*, instinto libidinal y agresivo que busca la satisfacción y el placer, manifestándose en una conciencia que sucumbe ante la presencia de la hipocresía: la doble moral, que se desarrolla en todo tipo de situaciones y en casi cualquier contexto, ya que, naturalmente, hemos aprendido a subsistir con ella. Esta condición de supervivencia es una táctica usada por muchos para obtener un beneficio propio: políticos, quienes elocuentes prometen mejores condiciones de vida, se llenan los bolsillos al obtener el puesto; empresas millonarias que ofrecen un trato digno a sus empleados y los obligan a trabajar a deshoras y con pagas indignantes; inclusive personas vanagloriadas por su honradez terminan cometiendo actos de corrupción, cuando conduciendo se pasan una señal de alto. Justificaciones absurdas que eluden a una supuesta justicia o conveniencia son nuestras primeras respuestas, porque ser recto no demuestra nada en una sociedad impune de sus normas, porque hemos adaptado nuevas normas que armonizan con el entorno caótico en que nos desenvolvemos.

En el ámbito de la comunicación, particularmente, las estrategias de *marketing* apelan precisamente a nuestro impulso salvaje para lograr objetivos persuasivos,

2



como el deseo, la provocación o la ira; recursos de orden semiótico que funcionan por todo el mundo. En México, no obstante, he observado que los medios de comunicación masiva, como periódicos, revistas o el internet, recurren desmedidamente a esta técnica para atraer la atención del público; probablemente porque con la llegada de la nueva era digital el flujo de información se incrementó excesivamente, provocando que el foco de interés o el tiempo de lectura disminuyera notablemente a escasos segundos. Hecho reforzado por la infinidad de contenidos publicados por la red, que hicieron más sencilla la filtración de toda clase de contenidos.

Estos medios a menudo recurren al morbo—que se entiende como una atracción hacia lo desagradable, sádico, violento o malvado—, como el anzuelo más seductor en la acción persuasiva, y es tan sencillo como utilizar el cuerpo de una mujer desnuda, o en raras ocasiones con tres cm de tela cubriéndola, en la primera plana de un periódico o en la portada de una revista, usualmente acompañada de un texto provocador y sugestivo, tal como lo vimos en el compendio de Armando Jiménez;² también publicar la fotografía de un hombre desmembrado que descansa sus entrañas en el pavimento teñido de rojo, en el periódico que venden afuera del desayunador. Eros y Tánatos, sexo y muerte: dos pulsiones regidas por el principio del placer que son las dos respuestas más instintivas que frecuentemente traicionan los acuerdos y las normas de lo correcto o incorrecto. El individuo no se involucra explícitamente en el hecho, sino que actúa a distancia, observando, a modo de espectador; produciéndole una extraña sensación de

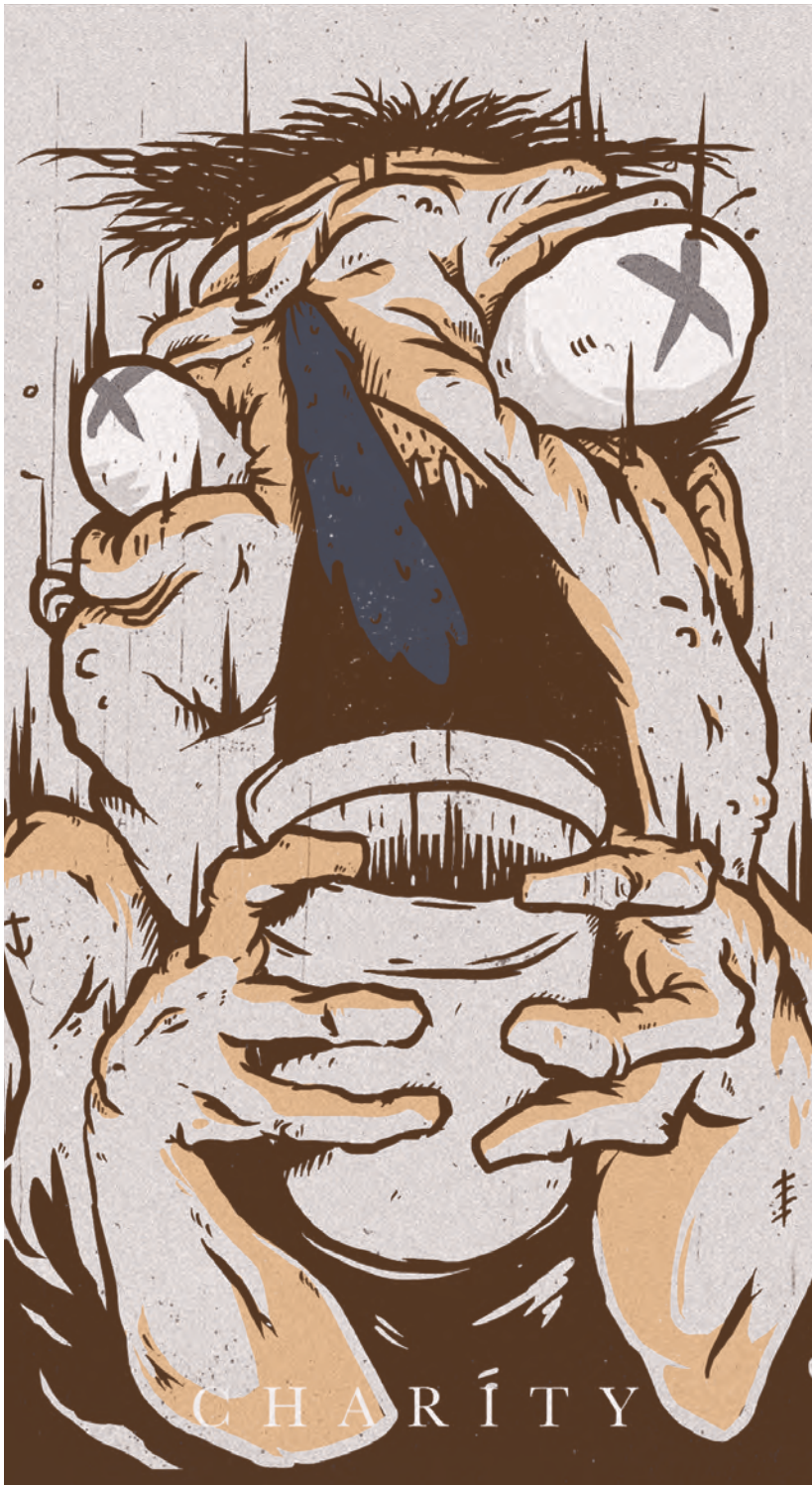
goce, situaciones que involucren sufrimiento, violencia o sexualidad, comúnmente vistos a través de una pantalla, en la fotografía de un periódico o incluso la escena viva de un trágico accidente. Es precisamente esta condición *voyeurista* la que demuestra la imperancia del instinto del ello sobre la instancia mental del *superyó*, un acto que se transforma en una experiencia que satisface las exigencias de nuestro impulso más primitivo. Como respuesta a esto, entendemos que importa más la pulsión hacia el goce de un suceso ajeno, que el hecho mismo.

Para Nietzsche, ante una sociedad que reprime los actos de violencia, la psique se encarga de establecer parámetros que regulan las conductas, reduciéndolas a la observación: “En estos tiempos de ahora [...] el sufrimiento aparece siempre el primero en la lista de argumentos contra la existencia”.³ Y argumenta: “Ver sufrir produce bienestar, hacer sufrir, más bienestar todavía”.⁴ Dadas estas condiciones, es *normal* que experimentemos una extraña atracción a lo morboso, convirtiéndose en algo habitual en el día a día del individuo contemporáneo. Particularmente en México, el ambiente actual permea en conflictos de corrupción e impunidad que desembocan en tragedia, bandos opuestos que se disputan por ocupar un lugar en el poder. Medios de comunicación tienden a utilizar este tipo de información anteponiendo sus objetivos periodísticos, pero adyacente a esto, tras una estela de humo se esconde una estrategia publicitaria cuyas intenciones son meramente lucrativas.

En la búsqueda de alternativas más sugestivas de comunicación, las redes sociales ofrecen un campo fértil desco-

2. *Letreros, Dibujos y Grafitos de la Psicardía Mexicana*, Ed. Posada, 1975.

3, 4. *Friedrich Nietzsche, La Genealogía de la moral*, Alianza Editorial, Madrid, 1996.



3

3. *Coins for Charity*, Sergio Gaytán, 2014.

munal como nunca antes se había visto; toneladas de información por segundo en un universo digital que interactúa con el usuario. La llamada web 3.0 llegó para revolucionar la forma en la que nos rela-

cionamos con la red, una estrategia que utiliza la semántica para etiquetar cada contenido y volverlo más accesible al usuario. Nuestra dependencia hacia ella nos hace extremadamente susceptibles a infinidad de contenidos, entre ellos, algunos que funcionan como anzuelo para atrapar la atención del usuario y vender sus productos. Es aquí donde volvemos al morbo; existen ciertas páginas web que muestran un encabezado... Digamos, un tanto más que sugestivo: "Mujer a punto de casarse muere en accidente de tráfico, se toma una *selfie* segundos antes del choque", "Marido coloca cámara oculta y descubre que su esposa lo engaña con otra mujer", "Niño revive de su velorio, pide agua y se vuelve a morir".

Títulos como los anteriores aparecen por cientos en todo el internet: el morbo como estrategia de mercado se ha extrapolado de lo curioso a lo ominoso, y es que en muy poco tiempo –refiriéndonos a la llegada del internet y las nuevas tecnologías– el derecho por la información se ha convertido en una demanda por conocerlo todo, en el imperativo de eliminar la censura en los medios de comunicación. Ahora estamos acostumbrados a mirar escenas repugnantes sin el desconcierto que antes nos causaba y, opuestamente, si no causa indiferencia, es la curiosidad la que nos envuelve. Al respecto, Michela Marzano considera lo siguiente:

¿Cómo puede el espectador contrabalancear la *fascinación* frente a la violencia y la muerte, cuando la crueldad se expone en estado bruto? ¿Acaso no hay algo obscuro en la exposición directa, no construida, del sufrimiento y la muerte? [...] El espectador se enfrenta a la consternación, puesto que la realidad de las imágenes lo expone al

vértigo de la crueldad más feroz. El que mira no puede ni distanciar sus emociones ni esclarecer sus juicios; el abismo provocado por la realidad de la violencia no se ve contrarrestado por ningún filtro.⁵

En esta ambigüedad de la consciencia humana, ¿cómo puede el hombre prescindir de ejecutar actos de violencia y limitarse a satisfacer su deseo sin involucrarse directamente en ello? Desde que aprendimos a adaptarnos como sociedad se ha recurrido a la imposición de normas que nos impiden cometer actos que atenten contra los integrantes de ese mismo núcleo, como un mecanismo de control y una forma de limitar los impulsos que en la antigüedad eran mayormente aceptados. Además la autora afirma: “[El hombre] está poseído por una inclinación a la agresividad. Por lo tanto, representa potencialmente una amenaza para los demás. De ahí la importancia de la civilización, que asigna unos límites a las pulsiones de agresión de los hombres”.⁶

Afortunadamente no nos hemos destruido entre nosotros, y aunque muchas teorías afirman lo contrario, lo cierto es que a corto plazo, lo malsano continúa abanderándose entre nuestras atenciones. ¿Es necesaria la exposición explícita de los contenidos?, ¿hasta que punto la integración de estas imágenes será socialmente aceptada y consentida? Marzano infiere su análisis en una cuestión que todos deberíamos reflexionar: “¿Acaso las imágenes que escenifican muerte no corren el riesgo de producir

una sociedad de la indiferencia, en la que nadie se preocupa por el otro?”⁷

Una de las meditaciones que aborda el discurso del *lowbrow*, entre otras, se basa en la ironía de la doble condición, en el morbo y en aquellos aspectos que nos desquebrajan la moral, que nos sacan de balance y nos incitan a saborear en privado el placer del instinto más básico. En un país que basa su realidad en apariencias, se fingen alegrías y se ocultan profundas decepciones; no estamos dispuestos a aceptar las verdades absolutas, a equivocarnos o a caer en el pecado; nos acostumbramos a envilecer al prójimo y a creer en nuestras propias mentiras, así como la cubeta de los cangrejos rojos.

En este contexto, la obra plástica que he trabajado en *lowbrow* durante más de cinco años, ofrece una narrativa que ronda entre lo grotesco y lo infantil, una expresión que muestra a los personajes en su estado más perturbado, en la manifestación más inverosímil del *ello*, liberándose de cualquier atadura moral por tan sólo un instante.

En el momento en que la idea fluye a través de mi mente, despierta, precisamente, aquellas pulsiones que en algún momento había encapsulado; y así, liberándose en cada trazo de alguna forma logro que se entremezclen con algún inocente individuo que yace en los cajones de mi infancia, para finalmente renacer como animales o monstruos agridulces, que en algún punto se tornan amigables. Confieso de esta manera y también confirmo, que nadie se absuelve de enfrentarse incluso en el momento más inesperado con sus más ocultos demonios; y a reserva de perder el control, inevitable e irremediadamente, nos hemos de topar con ese gusto culposo; con ese mal *necesario*. ▲

5, 6, 7. Michela Manzano, *La muerte como espectáculo. La difusión de la violencia en internet y sus implicaciones estéticas*, Tusquets Editores, 2007.